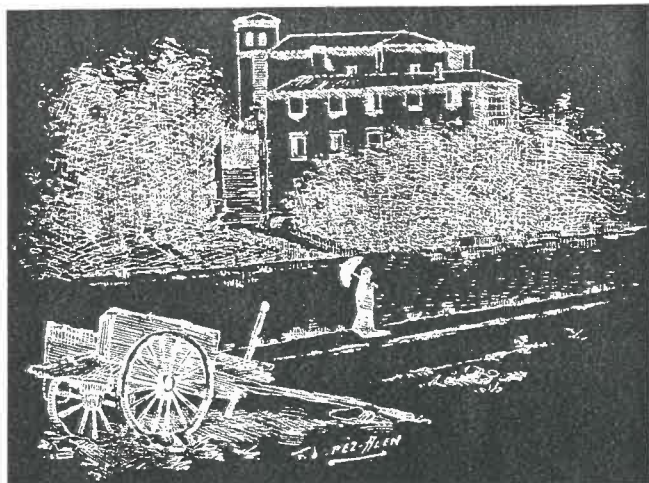


ASTIGARRAGA

LAS SIDRERIAS VASCAS

Por JOSHEMARITARRA



ASTIGARRAGA.—La parroquia y el histórico Palacio del Marqués de Valdespina.

TODO el mundo conoce la importancia que la manzana tiene en la economía agrícola de nuestra región y su derivado la sidra, extraída principalmente de sus variedades «chacalas», «Pampandojas», etc. etc. y que con tanto deleite saborean los «sagardozales» frente a la imponente «kupela» donde se almacena el sabroso néctar: «Ettxekoandres, ¡bete bigarren!... ¡Audek mama, chimpartakin! ¡Eup!...

No vamos a hablar de la manzana de Eva... sino de ese otro paraíso, que son las sidrerías de los alrededores de San Sebastián, a donde acuden buscando honesto esparcimiento numerosas familias y grupos de donostiarras, y cuyo marco es siempre un hermoso caserío enclavado «au plain air» y sin «bi-liarenas»...

Al pie del Santiago-mendi y rodeado de mil bellezas naturales, Astigarraga brinda al escritor, y al artista, temas cargados de sugerencias. El Palacio de Murguía con su historial; la iglesia rompiendo la monótona simetría del caserío circundante; los caseríos que se extienden dentro de su jurisdicción; la animación de sus vías de comunicación con el ir y venir de los automóviles, el paso de los trenes; su tranvía eléctrico, los peatones que parecen caminar en marcha procesional; todo ello comunica una vida extraordinaria, llena de luz y color, a la vega de Astigarraga. Todos esos elementos de transporte han venido a sustituir al coche de Domingo «Bishar», que en sus tiempos servía el recorrido San Sebastián-Astigarraga-Hernani. Lo nuevo y lo viejo. Hoy, gracias a las facilidades que proporciona el progreso,

podemos trasladarnos cómodamente a disfrutar de los bellos rincones que ofrece para nuestro solaz la villa de Astigarraga, en la actualidad Barrio de San Sebastián. Es que el típico barrio une a sus bellezas naturales otras bellezas: la que proporciona la degustación de sus «monumentales» sidras...

Las sidrerías de Guipúzcoa son algo así como las bodegas en Rioja, Aragón y Andalucía, con la diferencia de que allí es vino lo que se guarda, y aquí, el producto de la manzana.

Hay personas que jamás aceptarían una invitación de sus «sagardozales» por parecerles la humilde condición de la sidrería impropia de su estúpida altivez. Sin embargo, estos «sagardozales», llenos de una cordialidad expansiva, son gentes de condición social tan digna como lo pudiera ser el más encopetado aristócrata, y rezuman una generosidad que proporciona a las sidrerías un ambiente de lo más atractivo y encantador.

Los «tolares» de Astigarraga tienen fama muy merecida y así lo atestiguan desde mucho tiempo atrás, las sidras que ofrecen los acreditados caseríos de «Chalaka», «Lambresa», «Gurutzeta», «Errekalde», «Chominenea», «Illegorri», etc. Este último caserío se llama así porque la «ettxekoandre» que habitaba en él hace años, dicen que era hermosa y tenía el cabello de oro.

¿Quién no conoce las sidrerías? El que quiera darse una completa idea de lo que son este género de lugares, encontrará imágenes parecidas en la colección de cuadros del pintor flamenco TENIERS. La

identidad de la obra de arte y de la realidad es absoluta.

Los donostiarros han sido en toda época muy aficionados a las excursiones al campo, sobre todo en la primavera. Con un poco de imaginación, trasladémonos de un salto a un domingo cualquiera de mil ochocientos y pico. Nos hallamos en uno de aquellos típicos caseríos donde se halla a la venta una buena sidra. Es en «Galtzara» en Ayete. Numerosos «sagardozales», en torno a la «Kupela» sostienen una titánica lucha por alcanzar un vaso del dorado zumo de la manzana.

¡Qué encanto el de aquellas plácidas tardes, entre ronda y ronda, partida de toka y cánticos en los caseríos denominados «Munto», «Erramunenea», «Norroto», «Kachola», «Iparraguirre» y «Pintore»... Blancos y pintorescos caseríos rodeados de manzanos y perales en flor, con su campa color esmeralda a un lado, su huerta en la parte posterior... y allá a lo lejos, iluminados por el templado sol invernal, Oriamendi y Santa Bárbara... En este espléndido marco se inspiró para sus cuadros el inolvidable maestro Rogelio Gordón.

Durante la tarde no cesaba la peregrinación a aquel antiquísimo y pintoresco «Errota CHIKI»; donde solía haber excelentes caldos y se servían cazuelas. Una de las cosas más simpáticas de aquellas inolvidables reuniones, la constituían el torneo de «bersolaris» entre «baserritarros» y «kaletarras». Nota alegre y dicharachera entre ambos bandos. Terminado el torneo se comenzaba a preparar la merienda, consistente en una merluza o «zurruptuna». La primera labor consistía en im-



¡Qué encanto el de aquellos blancos y pintorescos caseríos, rodeados de perales y manzanos en flor...

provisar un hornillo en la fresca hierba, colocando al efecto tres o cuatro piedras en semicírculo, porque el permanecer en la cocina del caserío resultaba de todo punto imposible a causa de los «malkos» producidos por el humo de la leña capaz de destrozar los pulmones de un gigante.

Ya está más que mediada la merienda. Las tajadas han ido desapareciendo paulatinamente y queda al descubierto en el fondo de la amplia «cashuela» de barro un océano de «shalsha» que también desaparece tras el pertinaz asedio que le tiene puesto una turba de glotones. Un pan de seis libras está a punto de fenecer, rebanada tras rebanada, y, de pronto, suena una voz cavernosa que, autoritariamente, grita: «¡Mojón! ¡Alto ei fuego!».

Una de las cosas donostiarros que más llama la atención del forastero y que dan ese perfil y carácter al «KOSHKERISMO» es la Sociedad Popular, sucedánea de la sidrería. Sin embargo, ni esta ni aquella se parecen. Las Sociedades son exclusivamente un producto de nuestro ambiente donostiarra cien por cien, y tiene la particularidad de seducir con sus atractivos a cuantos llegan a conocerlas.



*

J O S H E M A R I T A R R A